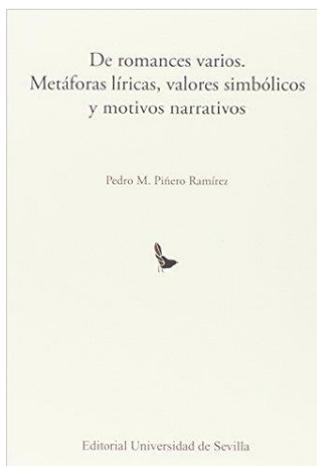


Pedro M. Piñero Ramírez. *De romances varios. Metáforas líricas, valores simbólicos y motivos narrativos*. Universidad de Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, 2015. ISBN: 8447217779. 497 pgs.

Reviewed by: José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá



La consideración del romancero en conexión estrecha con la lírica popular es, además de una clave muy definitoria de la poética de ambos repertorios, una estrategia de acercamiento crítico que viene avalada por muchas páginas, seminales como tantas de las suyas, de don Ramón Menéndez Pidal. Y no solo de él. Grandes nombres de los que se han acercado de manera más o menos comprometida (aunque dejando siempre huella) el estudio del romancero, como Manuel Milà i Fontanals, Marcelino Menéndez Pelayo, Jose Leite de Vasconcellos, Eugenio Asensio, Aliete das Dores Galhoz, Manuel Alvar, Samuel G. Armistead, Margit Frenk, Mercedes Díaz Roig, Manuel da Costa Fontes, Francisco Rico, Giuseppe Di Stefano, Jesús Antonio Cid, Maximiano Trapero, Aurelio González, Pedro Ferré, Joaquín Díaz, Luis Díaz Viana, Pedro M. Cátedra, Luis Suárez Ávila, Vicenç Beltrán, Rafael Beltrán, Salvador Rebès, Paloma Díaz Mas, Jose Joaquim Dias Marques o Jesús Suárez López, han sido o son, al mismo tiempo, especialistas reconocidos en el cancionero tradicional y en el letrado, desde el trovadoresco y la lírica cortesana cancioneril hasta el documentado en la tradición oral moderna. Incluso Diego Catalán, quien intentó siempre considerar el romancero como un corpus muy singular, conectado esencialmente con la épica y con las crónicas, mucho más que con la lírica tradicional, empleó muchos días de sus últimos años en el empeño de editar y de estudiar (su monografía no ha salido, por desgracia, a la luz) los versos de romances pero también de canciones que se hallaban entremezclados en un despacho cifrado que Tomás Perrenot, embajador de Felipe II en Francia, escribió en 1562. Yo, que fui testigo de la pasión con que abordó aquel trabajo, lo fui también de su interés (acaso tardío) por la lírica tradicional, aunque no fuese un género al que dedicara demasiadas páginas.

Hoy, la recuperación, la edición y el estudio de ambos repertorios convive con naturalidad en estratos y formatos muy diversos, y muchos de sus impulsores han escrito (aunque por lo general en obras separadas) acerca del uno y acerca del otro. Romances y canciones se codean y se mezclan, por otro lado, en los fabulosos archivos (algunos de ellos accesibles hoy en internet) de la Obra del Cançoner Popular de Catalunya, del Fondo de Música Tradicional de la Institución Milà i Fontanals del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (IMF-CSIC), de la Fundación Machado de Sevilla, de la Fundación Joaquín Díaz de Urueña, del Museo del Pueblo de Asturias de Gijón (que

impulsa Jesús Suárez López), o del Corpus de Literatura Oral de la Universidad de Jaén (que impulsa David Mañero Lozano). En mezcla indiscriminada se hallan los romances y las canciones en las compilaciones ya clásicas de etnomusicólogos como Eduardo Martínez Torner, Kurt Schindler, Alan Lomax, Manuel García Matos, Miguel Manzano, Israel J. Katz y tantos otros. Y la benemérita labor de edición de cancioneros renacentistas y barrocos en que están inmersos desde hace muchos años José J. Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco se está enriqueciendo, en los últimos tiempos, con la edición de los grandes romanceros históricos del siglo XVI y de los inicios del XVII (ambos profesores están trabajando ahora nada menos que en la edición de las compilaciones renacentistas de Amberes y Zaragoza, y hasta del *Romancero general* de 1604 y sus secuelas), y se ha extendido, por añadidura, a las exhumaciones y ediciones que llevaron a cabo los estudiosos románticos de los inicios del XIX.

Faltaba, en cualquier caso, una obra que de manera monográfica, centrada, fijase un paradigma consistente y no disperso de las relaciones entre ambos repertorios, aquilatase el peso de la herencia de la crítica anterior, desvelase vínculos no tenidos en cuenta hasta ahora y desbrozase, en fin, sendas para acercamientos futuros. Ese libro es este *De romances varios. Metáforas líricas, valores simbólicos y motivos narrativos*, en el que el profesor Pedro M. Piñero Ramírez ha reunido, tras someterlos a revisión y ampliación muy intensos, unos cuantos de los artículos que dedicó, a partir de 2001, al romancero en general y a las relaciones entre romancero y lírica más en particular.

Trabajos ya de gran madurez, puesto que el autor comenzó a interesarse por la poesía tradicional, y a registrarla y editarla, unas cuantas décadas antes. Es este grueso volumen, además, la continuación lógica y fluida del que Piñero tituló *La niña y el mar: formas, temas y motivos tradicionales en el cancionero popular hispánico* (Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2010), en muchas de cuyas páginas reverberaba también el romancero. Dos obras, pues, complementarias, que se miran la una a la otra como a través de un espejo, y cuyas más de mil apretadas páginas, si se hace la suma, se han convertido ya en hito de referencia máxima en los estudios sobre la poesía tradicional hispánica.

Metáforas, símbolos, motivos, son los conceptos que, desde el título, funcionan como hilos conductores de la indagación del profesor Piñero. Llama la atención que en él no aparezca el concepto de fórmula, que es otro de los pilares sobre los que se asienta la relación y el contraste de romances y canciones. La ausencia está, en alguna medida, justificada: y no porque falten (que no faltan), en este libro de 2015, los análisis minuciosos de fórmulas poéticas; pero fue el libro de 2010 (recuérdese su revelador subtítulo: *Formas, temas y motivos tradicionales...*) el que puso más el foco sobre ese vector de relación e intercambio entre ambos repertorios. Las fórmulas fueron, por otro lado, el núcleo esencial de la investigación que publicó Mercedes Díaz Roig en *El romancero y la lírica popular moderna* (1976), un libro que sigue estando fresco y vigente, y que es, posiblemente, el antecedente más obvio y reconocible de los que han preparado el camino a este que alumbraba ahora Pedro Piñero.

Los capítulos dedicados por el profesor de la Universidad de Sevilla a los romances de *Don Bueso y su hermana*, *La mala hierba*, *Doña Ginebra y su sobrino* y *La samaritana* son los que en mayor y mejor medida concentran, dentro de este libro, la comparación de romances y canciones y el desentrañamiento de símbolos y de metáforas compartidos. Si todos y cada uno de ellos están llenos de apreciaciones y de hallazgos enjundiosos, el más extenso, el dedicado a *La samaritana*, con su intensísimo análisis de los símbolos de la fuente, el pozo y el cántaro, es realmente magistral, y fija un modelo de indagación muy refinado, tanto más meritorio por cuanto parte de un romance que no es pieza del reducto prestigioso del romancero viejo. Salió, antes bien, de un pliego de cordel tardío, y acabó

siendo adoptado (y adaptado) por la memoria tradicional. Sin que el común de la crítica se hubiese apercebido, hasta que llegó el profesor Piñero, de sus estilizados valores poéticos.

Pero no todo es exploración de fronteras y solapamientos de romancero y lírica en este libro. Otro de sus focos de atención y de sus puntos fuertes es el desentrañamiento de cómo el romancero ha reflejado, y distorsionado, la historia nacional que pretende reflejar. Una cuestión que ocupó un lugar absolutamente central en las preocupaciones de todos los grandes estudiosos del género (Menéndez Pidal, Catalán, Armistead, Di Stefano...), y que Piñero retoma y explora aquí, con pulso firme y resultados muy reveladores, a partir de títulos que tampoco habían atraído demasiada atención crítica hasta ahora. Minuciosa documentación de base y gran aliento comparatista tienen sus catas en el romance fronterizo de “Ya se salen de Jaén / los trescientos hijosdalgo”; en el de bandoleros que tiene por protagonista a *Diego Corrientes*; y en el que describe con perturbador patetismo *La muerte del infante don Fadrique* por orden de su hermano el rey don Pedro el Cruel. Son capítulos en que Piñero deja en segundo plano la metáfora y el símbolo, y convoca sobre todo al motivo narrativo y a la fórmula. Y aunque no pierde del todo de vista el cancionero lírico (*Diego Corrientes*, por ejemplo, es más una canción narrativa que un romance), acude más en particular a la historiografía cronística (la medieval y la moderna) y a la leyenda oral como repertorios movilizados y puntos de comparación.

El libro tiene otro hito culminante, que es el capítulo dedicado a “El romancero de la tradición oral moderna en la provincia de Sevilla. Historia de su investigación”. Pedro Piñero ha sido quien ha rematado, de manera exhaustiva y sistemática, desde la Universidad y desde la Fundación Machado de Sevilla, las labores de recolección, documentación y estudio de los romances sevillanos que se estrenaron, de manera muy dispersa, en los inicios del siglo XIX. Y quien ha dirigido la publicación del *Romancero general de Andalucía* y de su volumen tercero, el dedicado a *Sevilla* (2013). Y traza en este trabajo una panorámica muy clara, minuciosa y ponderada de quiénes y cómo desarrollaron aquellos trabajos. Con aportes documentales notables, como las versiones de romances que Juan Tamayo y Francisco recogió en Sevilla (y en otras provincias de Andalucía) en las décadas de 1920 y 1930, que entrevera con algunos extractos de la correspondencia que intercambió aquel entusiasta compilador con don Ramón Menéndez Pidal. Particular interés tienen, como siempre, todas las informaciones y apreciaciones relativas al excepcional romancero de los gitanos de la Andalucía que iba, primordialmente, desde la Triana sevillana hasta el gaditano Puerto de Santa María. Y que siguen pendientes de que Luis Suárez Ávila, el gran recuperador y estudioso de ese patrimonio, publique, ojalá que pronto, el conjunto de sus compilaciones e investigaciones.

Este libro *De romances varios. Metáforas líricas, valores simbólicos y motivos narrativos* se acerca a su final con un capítulo dedicado a la edición de romances españoles que publicó el alemán Georg Bernhard Depping en 1825 (antes la había publicado en alemán en 1817), y que vuelve a revelar la pericia y la claridad con que se desenvuelve el profesor Piñero en el campo de la historiografía del romancero. El colofón lo ponen unas páginas clarividentes y emotivas tomadas de una carta que el ilustre maestro Paul Bénichou remitió a Pedro Piñero en octubre de 1999, y que son una especie de breve y magistral testamento relativo a la poética del romancero, con líneas dedicadas de manera particular a su relación con la lírica tradicional.

El libro se cierra con una bibliografía muy exhaustiva, de casi una treintena de páginas, que es un compendio escogido de lo mejor de lo que se ha publicado, hasta el día de hoy, acerca del romancero hispánico. Y con un elenco de las publicaciones del autor, dado que este es un *libro jubilar*, con el que la Universidad de Sevilla celebra la

vida y la obra de quien ha sido profesor en sus aulas durante más de medio siglo, ha formado con rigor y exigencia a una cantidad enorme de alumnos, ha promovido de manera incesante grupos y equipos de investigación y encuesta, convocado jornadas y congresos internacionales que han marcado de manera decisiva el conocimiento de la poesía tradicional en el mundo hispánico, dirigido una gran cantidad de investigaciones y de tesis doctorales, y alentado e impulsado un sinnúmero de publicaciones de muchos otros estudiosos, entre los que tengo el privilegio de contarme.